

Joaquín Estefanía

ABUELO, ¿CÓMO HABÉIS CONSENTIDO ESTO?

Los graves errores que
nos han llevado a la era Trump



Índice

Dedicatoria

Prólogo para nietos. Como flores en la basura

PARTE PRIMERA LA BRECHA GENERACIONAL

1. ¿Van a vivir los hijos peor que los padres?
2. ¿Cuáles son los demás grupos perjudicados?
3. ¿Qué ha sido de aquel proyecto de Europa?
4. ¿Quiénes han sido los principales responsables?
5. ¿Quiénes mandan más en el siglo XXI?

PARTE SEGUNDA LAS TRAMPAS DEL SISTEMA

6. Cuando la democracia y el capitalismo no son capaces de convivir
7. En el extremo, ¿qué sobreviviría, la democracia o el capitalismo?
8. La teoría de los silencios sociales y otras artimañas
9. Conservadores y progresistas han aplicado las mismas políticas
10. ¿Queremos volver al pasado?

PARTE TERCERA LA RESTAURACIÓN CONSERVADORA

11. ¿Por qué esta vez es diferente?
12. ¿Qué distingue a las crisis mayores de las crisis cíclicas?
13. Había muchos avisos, pero no se tuvieron en cuenta

14. Analogías y diferencias entre la Gran Depresión y la Gran Recesión
15. ¿No existen distintos modos de ser austero?

PARTE CUARTA
LA GLOBALIZACIÓN,
LO JUSTO ES MALO Y LO MALO ES JUSTO

16. ¿Qué ha sido de la globalización?
17. ¿Quién decide entre las políticas nacionales y las globalizadas?
18. ¿Por qué se detuvieron las globalizaciones anteriores?
19. ¿Existe alguna fórmula para gobernar la globalización?
20. Abuelos, padres y nietos

Epílogo
Bibliografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para (por orden de aparición)
Ana,
Vera, Carlota, Javier, Calum,
Alba y Leila

Prólogo para nietos

Como flores en la basura

El estrago mayor que ha causado la gran crisis en nuestras sociedades ha sido el de truncar el futuro de una generación. O de más generaciones. Ha reducido brutalmente las expectativas materiales y, sobre todo, las emocionales, de muchos jóvenes que se sienten privados del futuro prometido. Se ha detenido la escalera del progreso. Al revés que nosotros, sus padres o abuelos, que hemos vivido siempre en paz y con una prosperidad al alza, ellos se van a la cama angustiados: o porque no tienen trabajo ni expectativa de tenerlo, o porque tienen unos ingresos que no les dan para pagar sus gastos e independizarse o, los menos, porque tienen un buen empleo y pueden perderlo en cualquier momento. La paradoja es que la incertidumbre y la decepción no provocan el deseo de cambio mayoritario, sino que, más bien, fuerzan un repliegue conservador en tanto que lo que más se desea es algo de seguridad y de garantías. Así se manifiesta elección tras elección, en casi todas las partes del mundo. Estamos dentro de la mayor oleada reaccionaria que ha conocido el mundo desde los años treinta del siglo pasado, de infausta memoria, y los estados de excepción comienzan a normalizarse. Hay una brecha creciente entre las expectativas creadas y las posibilidades

de cubrir esas expectativas. Así ha nacido la *era Trump*. Mis nietas van a vivir y crecer en ella.

Hace tres lustros una editorial me encargó escribir el libro *Hij@, ¿qué es la globalización?*, subtulado «La primera revolución del siglo XXI». La globalización era entonces el concepto de moda. Había habido en la historia reciente otros momentos globalizadores, pero en ellos se habló de internacionalización, de mundialización, de planetización. La globalización irrumpió como un tifón en nuestras vidas. Hoy ya es una realidad consolidada y tan solo se discute de sus modalidades, de quién manda en ella, de si hay que profundizar o no en sus características, de su compatibilidad con los valores y las culturas locales, de sus desequilibrios. Pero casi nadie quiere volver a los periodos autárquicos del horrible pasado que representa el siglo XX, el más sangriento en la historia de la humanidad.

Entonces tuve que dar la vuelta a la idea original. Los editores me habían pedido un libro que se titulase más o menos «La globalización explicada a mis hijos», siguiendo una estela de otros libros en ese sentido: la emigración explicada a mis hijos, la tecnología explicada a mis hijos, la economía explicada a mis hijos, la religión explicada a mis hijos... Pronto me di cuenta de que era un esquema equivocado: una impostura. Porque la presencia de ese tipo de globalización (muy acelerada en la economía, deforme en la política) me pillaba como a un monje que entra en la modernidad desde una vida de aislamiento (viví un cuarto de siglo en la España de Franco). Un emigrante de la globalización, mientras mis hijos eran nativos de ella: habían nacido y crecían en su seno. No habían conocido el periodo anterior. Así que hubo que dar una vuelta completa al enfoque y que ellos me explicaran a mí en qué consistía la globalización para que yo hiciese luego de amanuense. Una conversación en sentido inverso al previsto.

Quince años después de esa experiencia, algunos de aquellos hijos que fueron mis interlocutores están a punto de dejar de pertenecer a la categoría de joven y de ingresar, por mucho que pretendan ser Peter Pan, en el segmento de la «gente mayor» o adulta: por su edad, por sus condiciones de vida, porque una de ellas ya es madre de otros seres. Es en este momento en el que aparecéis vosotras, mis nietas, las primeras hijas de mis hijos, todavía pequeñas. Escribo mirando vuestra fotografía, una a cada lado de vuestros padres. Divago sobre los avances que ha habido y de los que os beneficiaréis, e intento olvidarme de los retrocesos. ¿Qué será de vosotras? Creo que no volverá a ocurrir nunca lo de aquel nefasto 23 de febrero de 1981, cuando regresé a casa muy temprano al día siguiente, después de una noche de incertidumbre en la que nos jugamos la libertad, me tumbé un rato vestido, en la cama, a descansar, al lado de la cual estaba la cuna de vuestra madre (mi hija), que tenía un año de edad, y pensé desolado: «¿De verdad tendrá que vivir otra dictadura como la que yo he vivido?». Tejero había dado su golpe de Estado en el Parlamento. Entonces no teníamos ni idea de que poco después se iba a producir una revolución tecnológica, Internet, que cambiaría nuestras vidas y nuestra forma de pensar. Los teléfonos móviles ni siquiera aparecían en las películas de ficción. Tampoco gozábamos todavía de ese Estado de Bienestar que caracterizaba a los países europeos con los que queríamos homologarnos: educación, sanidad, pensiones, dependencia, seguro de desempleo, la disciplina del Derecho del Trabajo. Con todas sus imperfecciones y limitaciones...

Sin embargo, también ha habido pasos hacia atrás. En la última década hemos sufrido la crisis económica más profunda y larga de los últimos ochenta años y se ha detenido la marcha del progreso. Nuestros descendientes están viviendo peor que nosotros, y temo que, si no corregimos el rumbo en el sentido más fuerte de esa corrección, voso-

tras podríais vivir peor que vuestros padres y vuestros abuelos. Sería un verdadero quebranto en la historia de la humanidad. Nos enfrentamos —os enfrentaréis, ya que nosotros, por edad, hemos dejado de ser los protagonistas históricos de los cambios, en ocasiones muy a nuestro pesar, y hay un proceso de sustitución generacional que os afecta— a nuevos *poderes fácticos*, a nuevas amenazas o a las antiguas disfrazadas de lo novedoso: el terrorismo indiscriminado, el cambio climático, el poder de los mercados financieros o de las multinacionales tecnológicas, las epidemias incontroladas, los conflictos territoriales, los nacionalismos excluyentes, estados fallidos, guerras regionales, la desigualdad brutal, la pobreza, la precarización generalizada, la reducción de la protección social, la desconfianza, la falta de calidad de la democracia... ¿Os harán vuestros padres el mismo tipo de razonamientos que nosotros les hacíamos a ellos o variará el modo de discurrir? En estos momentos no estamos seguros de casi nada y navegamos en un océano de dudas...

Temo ese momento en que, un poco más mayores, me soltéis de repente y con cierto grado de reproche ese «Abuelo, ¿cómo os cargasteis esto?», o «Abuelo, ¿por qué consentisteis llegar hasta aquí?», refiriéndoos a los pasos atrás, a los caminos inversos, a las enormes dificultades, a las situaciones en las que tengáis que competir cruelmente con gente de vuestra edad para sacar la cabeza...

Escribió Enrique Jardiel Poncela, humorista del absurdo, que, por severo que sea un padre juzgando a su hijo, nunca será tan severo como un hijo juzgando a su padre. Reflexionaba sobre ello, peripatético, mientras visitaba una librería, como suelo hacer habitualmente (¡no perdáis esta costumbre!), cuando me encontré con un libro titulado *Cosas que los nietos deben saber*. Lo compré y lo leí: es una novela de un autor desconocido para mí, Mark Oliver Everett, al que denominan en la solapa «el Kurt Vonnegut del rock», cuya trama tiene que ver con la música. No se pare-

ce en nada a lo que yo tenía en la cabeza, pero aquel título sí reflejaba mis preocupaciones. Este libro tiene relación con ello. Es una suerte de conversación ficticia con vosotras que trata de romper ese altísimo muro invisible pero real que en este momento genera una brecha generacional, para que no se convierta en realidad lo que canta Pink Floyd en *The Wall*: «Por tanto, no es más que otro ladrillo en el muro./ Por tanto, no eres más que otro ladrillo en el muro». Para mí no lo sois.

Para construirlo he tenido que revolver los contenidos de mis últimos libros, darles la vuelta, actualizarlos a las nuevas condiciones e intentar un esfuerzo de pedagogía para hacerlos accesibles a vosotras y a los de vuestra generación, no solo a los adultos. Hay pocos descubrimientos: son mis obsesiones traducidas al lenguaje más asequible del que soy capaz, pretendiendo establecer complicidades no paternalistas con vosotras. Para que no seáis muy duras si, llegado un momento, os sentís maltratadas por un mundo en el que todavía no habéis participado, creéis que este no es un país para jóvenes y buscáis responsabilidades. En plena crisis política en estos años, en una coyuntura en la que los socialistas españoles, que habían sido el partido más importante de la democracia, se difuminaban como alternativa y se acusaban los unos a los otros de esta responsabilidad, apareció en un blog una especie de carta dirigida «a mi padre», firmada por Yaiza Yasta (yo no tenía ni idea de quién era), que se identificaba como «dibujadora, funcionaria y madre». Ese texto me conmovió, palió la enorme desmoralización que sentía en ese momento y me pareció muy adecuado para incorporarlo a este libro. Se titulaba «A esa generación que llevó chaquetas de pana» (la mía), y decía:

Como quien se rebela contra un padre o una madre que envejece, hace algunos años que parte de mi generación reaccionó ante ciertas políticas y contra la ciega lealtad a unas si-

glas [se refería a las del Partido Socialista Obrero Español] que ya nos parecían un chiste. No obstante, crecimos con los valores que ellos (nuestros padres) nos grabaron a fuego: igualdad, justicia, libertad, lucha social... Pero los tiempos cambian y los partidos políticos quedan obsoletos, se transforman, desaparecen o surgen otros nuevos. Y a pesar de que llevamos tiempo discutiendo sobre política con los que llevaron las chaquetas de pana y corrieron delante de los grises, no puedo evitar que me salpique parte de la nostalgia y la tristeza que muchos de nuestros viejos sienten estos días. Sin embargo, lo relevante no son los partidos, lo realmente importante es el legado que esos padres y esas madres socialistas nos dejaron: sus valores.

Todavía ahora, cuando releo estas líneas para incorporarlas al texto, me vuelvo a conmover y, al tiempo, me vuelven a herir.

No creáis que publico este libro solo por el amor que os tengo. No es un libro ensimismado. Ni familiar. En algunos momentos ha sido duro escribir sobre el engaño y la coacción, sobre la crueldad y la mentira. Lo hago sobre todo por la significación que tiene la gente joven en el mundo entero. Se han puesto de moda recientemente dos conceptos que aglutinan a generaciones próximas en el tiempo, que son las de vuestros padres y las vuestras: son los *millennials* y los *centennials*. Los *millennials* son las personas que tienen, más o menos, entre los diecinueve y los treinta y cinco años; los *centennials* los componen los recién nacidos hasta que cumplen los dieciocho años. Entre unos y otros sumáis alrededor de 4.400 millones de personas en el mundo en la actualidad. La población total supera los 7.000 millones. Se calcula que tan solo en 2020, dentro de cuatro años, casi el 60 por ciento de la fuerza laboral total tendrá menos de treinta y cinco años. Según un estudio del Bank of America Merrill Lynch titulado *New Kids on the Block. Millennials and Centennials Primer* («Los nuevos chi-

cos del barrio. Una introducción a los *millennials* y *centennials*»), estas generaciones jóvenes suponéis lo siguiente:

- Ingresos por valor de 21 billones de dólares.
- El 35 por ciento de las ventas brutas mundiales.
- El 88 por ciento vive en mercados emergentes.
- El 90 por ciento de los que están en edad posee un *smartphone*.
- En el año 2025 controlarán el 25 por ciento de los fondos del planeta.

A pesar de ello, «corren el riesgo de ser más pobres que sus padres y disfrutan de unos niveles materiales de bienestar más bajos», según Andrew Hood, investigador del Instituto de Estudios Fiscales de Estados Unidos, como consecuencia del paro juvenil y de una débil recuperación económica. ¿No es paradójico que junto a ese poderío económico la sociedad que se está desarrollando ante vosotras sea la de la cultura de «lo barato», la de las multinacionales de lo barato tipo Uber o Airbnb, y la de la llamada «economía colaborativa»? El concepto de *centennials* —ahí estáis vosotras— es sinónimo de *generación K*. El nombre procede de Katniss Everdeen, la heroína de *Los juegos del hambre*, interpretada por Jennifer Lawrence; como ella, estos jóvenes sienten que viven en un mundo en permanente conflicto, una sociedad violenta, distópica, e injusta. A diferencia de sus mayores, los *millennials*, los *centennials* no quieren ser adictos al trabajo, ni vivir endeudados, ni llegar tarde a tener hijos: no quieren trabajar toda su existencia, ya que imaginan otro tipo de vida. Si no puedes tener un trabajo digno ni tampoco controlar tu futuro, mejor quedarte en cosas *pequeñas* que sí puedes decidir.

¿Seréis así?

Dependerá mucho de vosotras, de vuestra educación y de vuestras oportunidades, pero también de cambios que no sabemos prever. La vida es, en muchas ocasiones, una especie de lotería cuya suerte la deciden fuerzas ajenas a nuestra voluntad, pero a cuyas decisiones contribuimos o no. Cuando observo algunos de los fenómenos que nos rodean, y que crecen conforme pasa el tiempo, recuerdo aquel poema de Bertolt Brecht titulado «A los hombres futuros», que contiene un verso que dice «verdaderamente, vivimos en tiempos oscuros». Nosotros hemos vivido, como os suelo repetir, en tiempo de paz y mirando hacia delante. Nos hemos olvidado del huevo de la serpiente. Ya sé que es una excepción histórica afortunada y que no hay muchas generaciones que puedan decir lo mismo. Por ejemplo, mis padres, vuestros bisabuelos, fueron testigos de la guerra civil en España y de la Segunda Guerra Mundial.

Ese gran escritor que fue Stefan Zweig —que tampoco tuvo nuestra suerte porque le persiguieron los fascismos hasta su muerte (se suicidó al no poder soportar tantas huidas)— dice: «Desde que me empezó a salir barba hasta que se me cubrió de canas, en ese breve lapso de tiempo, medio siglo apenas, se han producido más cambios y mutaciones radicales que en diez generaciones». Seguramente vosotras podréis decir algo similar cuando ya hayáis pasado la frontera de la mitad de la vida. Si tenéis suerte.

En las últimas cuatro décadas, entre 1975 y la actualidad, el mundo ha sufrido transformaciones radicales, hasta volverse irreconocible para alguien que hubiese estado ausente de él y regresase de pronto. Por ejemplo, el extraterrestre de la divertida novela de Eduardo Mendoza *Sin noticias de Gurb*. Otra política, otra economía, otra filosofía, otra moral, otra tecnología, otro lenguaje... El mundo de antes desapareció en buena parte, o se hizo marginal. Las semillas del descontento de hoy están plantadas desde mucho antes: desde la década de los años ochenta. Más adelante os hablaré de la revolución conservadora y lo que

ella ha significado para nuestras vidas. España entró en la Unión Europea a mediados de esa década y ello también transformó las expectativas. No hay que olvidar la sentencia de nuestro filósofo más universal, José Ortega y Gasset, «España como problema, Europa como solución». A raíz de la decisión de la mayoría de los ciudadanos británicos de salir de la Unión Europea en junio de 2016 (hasta ese momento ningún país había querido abandonarla; todo lo contrario, muchos países se esforzaban por entrar en lo que se consideraba el espacio más avanzado y cohesionado del planeta), se volvió a emitir por las radios y por los canales digitales una conflictiva canción de los Sex Pistols, un grupo de música punk del que probablemente no habréis oído hablar, titulada irónicamente *God Save the Queen*, y que fue —años setenta— una especie de himno contestatario de la juventud más desencantada. El grito *No future!* de la canción representaba los sentimientos rebeldes de una buena parte de esa generación. La letra de este «Dios salve a la reina», tan distinto del himno oficial, reitera en una y otra estrofa que los jóvenes no tienen futuro en el sueño británico, y establece la brutal metáfora de que son tratados «como flores en la basura». También se pregunta cómo puede haber pecado en esos jóvenes, que son como bombas atómicas en potencia, si no tienen futuro, y pide que sean autónomos, que no permitan que les digan lo que quieren ni lo que necesitan.

Desde al menos esa década de los ochenta, los ciudadanos han tenido que aprender a vivir en una incertidumbre creciente. A finales de los setenta, el mismo año en que Sex Pistols sacaban su canción, el economista John Kenneth Galbraith publicaba una de sus obras más representativas, titulada *La era de la incertidumbre*, que luego se convirtió en un documental de televisión. Pero hoy mucho más que entonces hemos de calificar lo que sucede a nuestro alrededor como «la era de la incertidumbre», de la ansiedad, de las sensaciones de falta de control. Por ello, el con-